

Este Boletín con el grabado del portapaz y la Alocución  
completada; sustitúyase al anterior.

A I

EN  
LA C

An  
La pa  
princi  
da; la  
introd  
dro, o  
en la  
cipale  
causa  
señan  
ra la p  
manos  
moda  
esta D  
des de  
cial y  
quino  
paz.—  
en Me  
Un ar  
Parro

†  
IHS

# BOLETIN OFICIAL

DEL

## OBISPADO DE MENORCA

EPOCA IV

28 MAYO 1952

NÚMERO 4



### ALOCUCION PASTORAL

INCULCANDO A LOS FIELES DIOCESANOS,  
EN OCASIÓN DEL CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL,  
LA COSTUMBRE LITÚRGICA DE RECIBIR Y TRANSMITIRSE LA PAZ  
EN LAS MISAS SOLEMNES

#### Sumario:

Angustiosa y universal necesidad de paz.—La raíz del mal es el pecado.—La paz sólo por Cristo: enseñanzas de la Escritura; un texto de San Pablo, principal en esta materia; amplitud y optimismo de la doctrina en él revelada; la Misa fuente de la paz; obstáculos para obtenerla.—El ósculo de paz: introducido por los Apóstoles en la primitiva liturgia, San Pablo, San Pedro, otros Apóstoles; inspirado en la última Cena; practicado generalmente en la Iglesia desde los primeros siglos, testimonio de S. Justino y otros principales; su momento fué vario dentro la función litúrgica; el Pan eucarístico causa y simbolo de la unidad de los cristianos inspirando la ceremonia, enseñanzas de San Pablo, expresivas oraciones antiguas. Inspire también ahora la participación del pueblo en la ceremonia.—La paz en nuestro Misal romano: en el Canon y después hasta la Comunión. Se señala la forma acomodada para recibir y trasmitirse la paz los fieles en las Misas solemnes en esta Diócesis.—El ósculo de paz debió de existir en las primeras cristiandades de Menorca.—Se restablece como un solemne acto de trascendencia social y religiosa para todos.—La lección de unidad ante el Altar, en el baldaquino de la Catedral restaurada.—Docilidad al Papa, doctor máximo de la paz.—La participación de todo el pueblo en la ceremonia de la paz quedará en Menorca como memoria del XXXV Congreso Eucarístico de Barcelona.—Un artístico porta-paz con el texto de San Pablo, obsequio del Prelado a las Parroquias.



*«Pacificans per sanguinem crucis eius, sive quæ in caelis, sive quæ in terris sunt.» — Col. 1, 20.*

**Q**UE la Paz sea con vosotros, carísimos diocesanos: «Pax vobis». Este saludo de Cristo, que la Liturgia pone en boca de los Obispos en las solemnidades pontificales, os repetimos ahora, al comenzar a hablaros de esta Paz del Señor.

La Eucaristía y la Paz es el tema propuesto para oración, estudio y otras actividades en el Congreso Eucarístico Internacional que se celebra en Barcelona. Tema oportunísimo, pues jamás en la historia del linaje humano se ha sentido como ahora una más angustiosa y universal necesidad de paz. ¿Cuál es la raíz de este mal, y cual su remedio? El mundo, cegado por su impiedad y orgullo, no sabe adivinarlo, ni querrá nunca reconocerlo; pero nos lo enseña la doctrina cristiana, que es la de las grandes realidades.

\*

El pecado de los ángeles prevaricadores y después el de nuestros primeros padres, es lo que ha venido a perturbar la armonía de la creación entera, rompiendo la paz con Dios, que es la primera y fundamental de todas las paces. En consecuencia, falta ella en el corazón del hombre por la rebelión de las pasiones y la influencia de Satanás y de sus malos ángeles; y va esta falta de paz creciendo con el pecado y trascendiendo a todos los órdenes de la vida humana: en el trato con el prójimo, en el seno de la familia, en las relaciones de las varias clases sociales, en el interior de los Estados, en la Iglesia de mil maneras perseguida, en las naciones levantadas unas contra otras, y que complican en su guerra de exterminio hasta los mismos primeros elementos, desentrañados del mundo material.

\*

En la falta de paz entre las naciones, que es la resultante de muchas otras, vemos ahora como los que se reputan principales hombres de Estado buscan, o afectan buscar, el remedio, y quedan, cada vez, más lastimosamente confundidos y fracasados.

dos en sus muchas juntas y asambleas. Es que han vuelto la espalda a Cristo y a su Vicario sobre la tierra, cuando precisamente, siendo, como hemos dicho, el pecado la causa primordial de la falta de paz, es imprescindible para lograrla acudir ante todo a Cristo, que se encarnó para destruir el pecado y traernos la gracia y la doctrina de la paz.

Isaías ya anunció a Cristo «Príncipe de la Paz». Miqueas y San Pablo le llaman la «Paz» misma, los ángeles cantaron en su nacimiento paz a los hombres de buena voluntad. El mismo Cristo enseñó la bienaventuranza de los pacíficos para que sus discípulos fuésemos hacedores de paz; «paz a vosotros» era su saludo con el sentido de plenitud de todo bien; y, al despedirse, en la última cena, dijo a los Apóstoles que les dejaba la paz, que les daba la paz y no del modo con que la da el mundo fermentado... Abundan en esta doctrina otros pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento que sería muy largo enumerar y explicar; mas, entre ellos hay uno de S. Pablo, que es central en esta materia y singularmente notable porque nos indica cómo está en Cristo la razón y fuente de toda paz. Sobre este pasaje de San Pablo queremos llamar hoy preferentemente vuestra atención.

El Apóstol, comenzando su carta a los Colosenses, que es uno de los escritos de más subida doctrina de los libros santos, pondera la supereminente dignidad de Cristo y la universal trascendencia de su obra redentora, y dice esas preciosas palabras: «plugo (al Padre) reconciliarlo todo a Sí por medio de Cristo, estableciendo, mediante la sangre de su cruz, la paz en todas las cosas, así las que están sobre la tierra, como las que hay en los cielos» (Col. I, 20). «Es asombrosa —dice un egregio comentarista— la amplitud que atribuye el Apóstol a la redención obrada por la sangre de Jesucristo. Las guerras encendidas en los cielos por la rebelión de los ángeles prevaricadores, las guerras suscitadas en la tierra por la insubordinación de Adán, la hostilidad de los ángeles santos contra los hombres prevaricadores, la hostilidad de la misma naturaleza insensible violentada por el pecado: todas esas guerras y hos-

tilidades apaciguó y calmó la sangre del Redentor, que reconcilió con sí y con Dios toda la creación». (1)

También la sagrada Liturgia, espaciando la mirada por el universo visible, canta así la abundosa eficacia de la sangre de Cristo, pacificadora y purificadora «de la tierra, del mar, de los astros, del mundo entero».

«Terra, pontus, astra, mundus,  
Quo lavantur flumines!» (2)

y tales versos, inspirados en San Pablo, no son un simple rasgo de poética imaginación.

En el plan de Dios Creador hay establecida cierta unión y solidaridad entre las criaturas intelectuales y las materiales, por la cual el pecado del hombre viene en alguna manera a repercutir sobre éstas, manchándolas, profanándolas, desviándolas o forcejando por desviarlas de su natural destinación. Ellas fueron criadas para gloria de Dios, y el hombre pecador se sirve de ellas para quitársela: fueron ordenadas para facilitar la ascensión del entendimiento humano al Creador, y no obstante conocerse cada día más las admirables leyes del mundo sensible, la impiedad se obstina en el ateísmo; están entregadas generosamente al hombre para que las use según la ley de Dios en servicio propio, mas el pecador abusa de ellas, utilizándolas como instrumentos con que satisfacer sus egoismos y bajas pasiones y llevar adelante sus perversidades contra el Señor. Así es que, personificando el conjunto de las criaturas materiales, S. Pablo (R. 8, 20) nos dice que ellas gimen ansiando verse liberadas de la vanidad y corrupción a que después del pecado del hombre están sujetas; y el libro de la Sabiduría nos las presenta dispuestas a la lucha: «combatirán, dice, todas ellas de parte de Dios contra los insensatos pecadores (Sap. 5, 2).

¿No resulta ser algo de esto lo que vemos en el momento actual, cuando, como por pena de talión, permite Dios que las ciencias naturales, tristemente dominadas por el materialismo

(1) Bover. Las Epístolas de S. Pablo, II, pág. 493.

(2) Himno del Tiempo de Pasión.

impío y espoieadas por los odios de la guerra, descubran las arcanas y maravillosas fuerzas de la materia, y, por negarse a Dios que las creó y las leyes espirituales que El nos impuso, se inauguran y emplean tales descubrimientos, no para comodidad y felicidad del hombre sobre la tierra, sino, al contrario, para espantosa aniquilación de pueblos y terrible zozobra en el porvenir de la humanidad entera? ¡Insurgencia de la materia contra el hombre materialista! Ved, pues, cómo el pecado, en todos los órdenes, quita la paz y trae la muerte.

En verdad el conjunto de las actuales circunstancias no puede menos de preocupar hondamente a todos, y ha de resultar desesperante para el hombre que piensa y no tiene fe. Mas no así para nosotros los que, por gracia de Dios, la tenemos, los que conocemos y profesamos la doctrina revelada y optimista enseñada por San Pablo: Dios Padre, a quién él llama «Padre de misericordias y Dios de toda consolación», y la Liturgia, «Padre piadosísimo», «Padre clementísimo», nos ofrece la paz, y por su parte la tiene ya hecha universalmente en virtud del sacrificio de la Sangre de Cristo derramada en el Calvario. Y este mismo sacrificio que «una vez consumó Cristo en la Cruz, no cesa de hacerlo de modo admirable en nuestros altares» (1), en la santa Misa; la cual, celebrándose continuamente de un extremo a otro de la tierra, viene a realizar de manera incruenta sobre toda ella la litúrgica aspersion de la Sangre de Cristo, de que dice el Apóstol (Heb. 12, 24) «Sanguinis aspersionem melius loquentem quam Abel», esto es, que si la sangre de Abel pedía venganza al Cielo, la aspersion de la de Cristo clama la paz y el perdón. Este clamor escucha el Padre (Heb. 5, 7), pero la mayoría de los hombres y de las naciones se obstinan en no atenderlo, y así retardan el advenimiento de aquel reino que, como suspirándolo, canta la Iglesia en un prefacio: «reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz».

\*

(1) «Id ipsum quod semel in cruce perfecit non cessat mirabiliter operari», fórmula de uno de los prefacios eucarísticos.

Teniendo la santa Misa en el plan de Dios una tan amplia finalidad y virtud pacificadora, no es extraño contenga expresas oraciones de paz. Pero hay, además, en ella una relevante ceremonia de efusión de paz cristiana, ceremonia que es mucho más devota, más bella y santamente educativa, cuando en la misma participamos todos, los del cielo y los simples fieles. Os agradecerá conocer algo de su historia y ver que, en su forma inicial, ella se remonta a los Apóstoles.

San Pablo, gran predicador de la paz de Cristo, fué el fundador y organizador de numerosas e ilustres iglesias de la gentilidad, y, por tanto, también de su liturgia. Las reuniones de aquellos primeros cristianos eran ya principalmente ordenadas a la celebración de los divinos misterios, es decir, en su forma primitiva, nuestra santa Misa. Para estos actos, el Apóstol, siempre celoso de estrechar los vínculos de unidad, solía, en sus cartas que allí se leían, no sólo enviar su propio saludo y el de otras iglesias y aun de todas las iglesias («salutant vos omnes ecclesiæ Christi», R. 16, 16), sino que también encargaba que los fieles presentes en la función litúrgica se saludasen mutuamente, dándose unos a otros un beso, que él cuidadosamente dice siempre beso «santo» (R. 16, 16; 1 C. 16, 20; 2 C. 13, 12; 1 Th. 5, 26), no como el beso vulgar y pasional de los mundanos, sino expresivo del amor sobrenatural cristiano: y que se llamó también osculo puro, ósculo de caridad, ósculo en el Señor, ósculo de «paz» (Tert.); y desde luego dado por los hombres a los hombres y por las mujeres a las mujeres; pues que pronto hubo en las iglesias la separación que el buen orden exige.

Hemos citado primero a S. Pablo porque son cronológicamente anteriores y más numerosas sus cartas en que encarga este ósculo santo de los fieles; pero debemos consignar que lo mismo tenía ordenado S. Pedro, príncipe de los Apóstoles y fundador de la Iglesia de Roma, quien así acaba la primera de sus cartas, escrita desde dicha ciudad a las numerosas iglesias orientales: «Saludaos mutuamente con ósculo de caridad» (1 P. 5, 14); fórmula cuasi idéntica a la del otro apóstol, porque idéntica era la acción litúrgica a que ambos se referían.

Lo mismo podemos pensar de los demás apóstoles en las iglesias que fundaron u organizaron; y seguramente no debía de faltar este saludo con ósculo de caridad en las que regía y adoctrinaba el Apóstol de la caridad, San Juan, quien se complacía en transmitir los amables saludos de una iglesia a otra iglesia, como los de una dama a otra dama, «electa y hermana» (Ioh, 1 y 13).—Aun más, si inquirimos en el Evangelio lo que pudo inspirar esto a los Apóstoles en la celebración del Misterio Eucarístico, advertimos que fué precisamente en la última Cena, origen de la Misa, donde Cristo hizo por todos los fieles la solemne e insistente plegaria de que «sean consumados en unidad» y en que les dijo: «Os dejo la paz, os doy mi paz», a saber, las mismas palabras que ahora nos hace repetir la Iglesia en la Misa, introductorias de la ceremonia del ósculo de paz. (Ioh. 17).

La autoridad de los Apóstoles y ser el acto una muy viva lección mutua de fraterna caridad cristiana, hizo que, a la muerte de aquellos, ya estuviese la ceremonia del ósculo santo arraigada en todas partes: de lo cual son claro testimonio para los tiempos inmediatos: San Justino Mártir, quien en su apología (a. 138-161), refiriendo las reuniones eucarísticas de los cristianos, dice expresamente que después de las oraciones del principio, «nos damos el ósculo unos a otros»; Tertuliano (a. 160-222), que fué quien la calificó de ósculo de «paz»; y, además, Orígenes (a. 185-255), y el mártir San Hipólito romano (a. 235). En dos sermones de San Agustín (a. 396-430) se refleja la misma ceremonia de las iglesias de Africa en el siglo IV. Dice el Santo Doctor en uno de ellos que «después de la oración del Padrenuestro, se pronuncia «la paz con vosotros», y se besan los cristianos con ósculo santo»; y en otro sermón, comentado el salmo 124 y su expresión final «Paz sobre Israel», fustiga duramente a los malos cristianos [siempre hubo cizaña entre el trigo] que usan en la iglesia las fórmulas de «la paz con vosotros», «y con tu espíritu», y al pronunciarlas dicen falsedad y oyen falsedad «falsum dicunt et falsum audiunt», pues dicen paz, llevando espíritu de disensiones y desamor a la uni-

dad. Las «Constituciones Apostólicas», escritas a fines del siglo IV o principios del V, nos han conservado la antiquísima liturgia de las iglesias de Siria y otras partes, en la cual aparecen las palabras con que San Pablo encargó el ósculo santo a los Corintios (I C. 16, 20) literalmente incrustadas, como fórmula oficial de avisar a los fieles el momento de la ceremonia: puestos todos de pie, después de la oración del Obispo, «dice el diácono: Atendamos. Y saluda el Obispo a la Iglesia y dice: la paz de Dios con todos vosotros. Y el pueblo contesta: y con tu espíritu. El diácono dice entonces a todos: «saludaos unos a otros con ósculo santo», y los clérigos besan al Obispo, y los hombres seculares a los hombres, y las mujeres a las mujeres» (VIII, 11).

Era, pues, muy general en los cinco primeros siglos, y continuó siéndolo después, la ceremonia del ósculo de paz en su forma simple y primitiva, y aunque según los tiempos y lugares se diferenció el momento preciso de realizarla, se hizo siempre oportunísimamente: ora al terminar las lecciones y oraciones del principio, pues la caridad es el sello de toda plegaria y doctrina; ora como disposición para aportar los dones al altar, porque el primer don que ha de ofrecerse a Dios es un corazón limpio de toda enemistad y frialdad con el prójimo; ora antes de la comunión eucarística en que está el gran vínculo de paz y de unión de los fieles con Cristo y entre sí.

Mas cualquiera que fuese el instante de la ceremonia del ósculo de paz, no dejaba de informarla la idea de la espiritual unión de todos que realmente obra y místicamente significa el Pan Eucarístico; doctrina muy principal que inculcó con insistencia el Apostol, y que ciertamente no está preterida en nuestra liturgia romana (1) pero que en aquellas generaciones era mucho más conocida y vivida que no lo es ahora por la mayoría de los fieles.—«Porque uno solo es el pan eucarístico (pues no hay dos eucaristías), todos los que de él participamos con-

(1) Cfr. las oraciones: Postcomunio del Domingo de Pascua, Secreta de la fiesta de Corpus, etc.

juntamente, por muchos que seamos, somos uno. El pan es el cuerpo real de Cristo, y nosotros formamos su cuerpo místico, también uno y sin división».(1) — «Como este pan estaba esparcido (en los granos de trigo que se formaron) sobre las montañas y recogido ha venido a ser uno; así junta, Señor, tu santa Iglesia de toda raza, de todo país, de toda ciudad, de toda villa, de toda casa, y hazla la Iglesia una, viviente, católica...» (2) Magnífica y conmovedora oración, eco literal y ampliado de la que rezaron ya los cristianos de los tiempos apostólicos, consignada por los años 80-90 de nuestra era en el preciosísimo libro de la «Didache» o «Doctrina de los doce Apóstoles» (9, 4).

Así el ósculo de paz que se daban los presentes a la función litúrgica, trascendía espiritualmente en alas de semejantes plegarias a los fieles todos de la Iglesia universal. ¡Avive en nosotros este mismo sentimiento eucarístico de unidad y de paz, con los de cerca y con los de lejos, la ceremonia del ósculo santo que aquí restablecemos para todos los fieles! Ella, si bien por malicia de los tiempos en siglos posteriores hubo de ser modificada de su prístina simplicidad, subsiste empero en la forma de ahora con toda su primera significación y está avalorada con el hermoso y sugestivo detalle ritual de que el beso de paz sale del Altar, que es Cristo, y se difunde desde allí a todos los fieles, significando que sólo por Cristo, mediante su sacrificio Eucarístico, nos viene la Paz.

\*

El texto y orden actuales de nuestra Misa, salvo siempre lo primitivo esencial, vino fijándose a través de los siglos, influyendo en ello muy variadas circunstancias. El Espíritu Santo que rige la oración de la Iglesia (R. 8, 26) y por tanto su liturgia, hizo providencialmente que fuese engastándose en el Canon y en lo que le sigue hasta la Comunión una rica serie de

(1) Cfr. I C. 10, 17, cuya plenitud de conceptos parafraseamos.

(2) Anáfora=oración de la oblata, del Sacramentario del Obispo Serapión. Siglo IV.

conceptos, plegarias y ceremonias tocantes a la paz cristiana. Solamente aquí las indicamos; advertidas y meditadas, vosotros, los fieles que muy laudablemente seguís la santa Misa con el misal.

Comienza el Canon con una solemne oración a Dios «Padre clementísimo», pidiéndole por su Hijo y Señor Nuestro Jesucristo, que acepte el sacrificio que se ofrece ante todo para la Iglesia católica: que, en su difusión por todo el orbe de la tierra, la «pacifique y aune», manteniendo estrechamente unidos a los fieles todos con la Jerarquía: con el Papa, con su Obispo. —Al extenderse las manos sacerdotales sobre la oblata, rogamos a Dios que «disponga en paz nuestros días», oración siempre oportuna y en la actualidad más necesaria. —¡Siempre la paz! La Iglesia, que en la fuente bautismal despide al bautizado con el «vade in pace», «anda en paz», por los caminos de la nueva vida que ahora empiezas, y que, al terminar ésta, canta sobre su cadáver el «requiescat in pace» «descanse en paz», tiene todavía en el Canon un recuerdo maternal y una oración sentidísima, que podríamos decir de las dos paces: la del cuerpo que semeja dormir en el sepulcro esperando la resurrección, y la del alma en el cielo, «lugar del refrigerio, de la luz y de la paz». —Las primeras palabras del Padrenuestro incluyen una solemne proclamación de la universal fraternidad humana, que exige la paz entre todos los hombres; y así, al pedir después al Padre nos perdone nuestras deudas, esto es, que haga la paz con nosotros, le decimos que la tenemos nosotros hecha con nuestros hermanos «así como nosotros perdonamos a nuestros deudores». No olvidemos jamás esta afirmación y noble compromiso. —La última petición del Padrenuestro con la cual han de responder a una voz todos los fieles, es que Dios «nos libre del mal». Y porque el mayor mal es el pecado, que acarrea indefectiblemente la falta de paz, por eso de seguida esta petición va desenvolviéndose y como prolongándose en una variada y continuada serie de ceremonias y plegarias de paz: «Por intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María Madre de Dios, danos propicio la paz en nuestros días para

que... estemos seguros de toda perturbación»; haciendo tres cruces con una partícula de la Hostia sobre el cáliz de la Sangre de Cristo, añadimos «la paz del Señor sea siempre con vosotros», que contesta el pueblo «y con tu espíritu»; con tres golpes de pecho e invocando cada vez a Cristo con las palabras del Bautista, le decimos en la tercera: «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos la paz».

Y sigue la oración, y luego la ceremonia de que deseamos, carísimos fieles, participéis también vosotros, con toda inteligencia y todo corazón. Inclinandose y juntas las manos sobre el Altar, dice el sacerdote en voz baja esta sentida y hermosa oración, que bueno será recéis también entonces vosotros particularmente, para que más abundosa os llegue la paz:

«Señor Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: Os dejo la paz, os doy mi paz; no mires mis pecados, sino la fe de tu Iglesia, y dignate pacificarla y unirla conforme a tu voluntad. Tu que vives y reinas, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.»

San Pablo, como al principio os hemos explicado, nos enseña que el Padre Eterno hace las paces con todas las criaturas, las del cielo y las de la tierra, «por Cristo, mediante la Sangre de su cruz» [qué expresivo y literalísimo comentario de estas palabras es la ceremonia del rito dominicano en que el sacerdote besa el mismo cáliz en que hay la Sangre de Cristo, para tomar la paz y dárla a los otros! Pero bien expresivo es también el nuestro, en que el sacerdote besa el Altar que representa a Cristo, y más en aquel momento en que está sobre él con su Cuerpo en la Hostia y con su Sangre en el Cáliz, y recibe así de Cristo la paz que acaba de pedirle en fervorosa oración, y la dá luego con el litúrgico abrazo a los Ministros de la Misa y éstos a los demás del Clero.

Queremos que el ósculo también os llegue de alguna manera a vosotros, carísimos fieles, para que así bebamos todos, clero y pueblo, de ese torrente de paz que brota del Santo Altar del Sacrificio eucarístico.

A este efecto, y sin perjuicio de modificar, precisar o com-

pletar más adelante lo que conviniera, disponemos que, a partir de la próxima Dominica de Pentecostés en que nos asociaremos de un modo especial al Congreso, cuyo lema es la Eucaristía y la Paz, quede establecida, en la Misa solemne de la Catedral, la antigua costumbre litúrgica de dar la paz también al pueblo cristiano, guardándose, por ahora, el siguiente orden, que desde luego será norma acomodable para las otras iglesias, donde lo mismo se habrá de implantar. En el momento estarán todos los fieles de pie: dos sacerdotes o clérigos, cada uno con un porta-paz, después de besado por el Presbítero Asistente, o en su defecto por el Subdiácono, bajarán juntos del Presbiterio, y, dirigiéndose uno a cada parte, procediendo por el paso central que separa los hombres de las mujeres, dará sólo al primero de cada hilera a besar el porta-paz, diciéndole «Pax tecum», y contestando el que la recibe «Et cum spiritu tuo», (1) limpiando cada vez con un purificador el instrumento litúrgico el sacerdote o clérigo que lo lleva. Mientras tanto, el que ha recibido la paz la dará en seguida al vecino, tan solo haciéndose una mutua inclinación de cabeza y diciéndose las mismas palabras, y sucesivamente harán igual todos los de la hilera hasta que se llegue al fin. Todo eso deberá practicarse sin precipitaciones, pero con brevedad y rapidez, para que no se estorbe la atención a los inmediatos actos de la Misa.

Item disponemos que en todas las Misas de velación se dé la paz a los dos esposos, cual era la costumbre ahora descuidada en varias iglesias de Menorca.

\*

---

(1) Podrá también usarse para más claridad y devoción esta otra fórmula equivalente, en castellano o en menorquín, diciendo el que la dá: «La paz de Cristo», y el que la recibe: «sea con nosotros»; en menorquín: «La pau de Cristo»,—«sia amb nosaltres». Vienen a ser éstas las palabras que se dicen poco antes en la conmixción de la partícula de la Hostia.

Darse la paz los fieles entre sí con una inclinación mútua de cabeza es la forma usada en el rito armeno, y resulta la más rápida, limpia y menos expuesta a desviaciones.

No es novedad lo que ahora en forma legítima y acomodada a nuestros días os encarecemos. Esta ceremonia, a partir de los tiempos apostólicos extendida por todas partes, muy pronto debió también de llegarnos acá. Antes del siglo V. según consta por las citadas palabras de San Agustín, ella se practicaba en las iglesias de Africa, y, como por la proximidad y otras razones la cristiandad de Menorca estaba entonces en espiritual contacto con las del continente africano, justo es inferir que igualmente los fieles menorquines de aquella época primera de nuestra historia eclesiástica, se daban el ósculo de paz al asistir a la celebración de los divinos Misterios en las basílicas de Jomona, de Mahón... y en la que ahora nos muestra sus ruinas en la playa hoy dicha de Son Bou, y antes llamada con el significativo nombre árabe de las «Canassies». (1) Sabiendo que existe de alguna manera en no pocas diócesis de España y de otras naciones, duele ver que aquí, donde tenemos muy notables costumbres religiosas del pasado, apenas si se halla un vestigio de ésta, de índole litúrgica (2) y popular y de tan venerable antigüedad. Estimad, carísimos diocesanos, esas que son como antiguas alhajas de oro acendrado que se encuentran en la santa liturgia y hasta en el fondo de nuestra historia; y no los oropejes que a veces intenta introducir el espíritu de insana modernidad.

La ceremonia del ósculo de paz, hecha por todos con reverencia, inteligencia y devoción, es un medio muy práctico de «vivir» la Santa Misa, en lo que es íntimo a ella, de purificar constantemente el corazón de esas pequeñas, y a veces gran-

(1) El Rdo. D. José Salord ha hecho notar la relación local del nombre «Canassies», que en árabe significa «iglesia cristiana», con la basílica descubierta en aquel lugar de «Son Bou», que en los mapas antiguos lleva en general este nombre arábico, ahora conservado en terrenos contiguos.

(2) Algo existe en Alayor, donde se da a besar el porta-paz solo a uno de cada parte de la concurrencia y no se trasmite más. Persona muy anciana dice—pero no ha podido aún comprobarse con otros testimonios—que antes en Ciudadela se trasmitía la paz entre el pueblo mediante el contacto de las cruces de los rosarios, cual sucede en algunas parroquias de Mallorca.

des, faltas de caridad de que apenas se hace caso y que van perpetuando y creando aversiones y distanciamientos y enemistades, hasta con escándalo de los que no creen, entre personas y familias que se dicen cristianas, y en eso tan principal realmente no lo son. Cristo exige mucho, y le damos poco. «Si presentas tu ofrenda al altar, y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar, y vete primero a reconciliar con tu hermano; y vuelve luego a presentar tu ofrenda». Son palabras de Cristo en el sermón de la Montaña (Mt. 5, 24). Si tanto pedía Cristo a los judíos sólo para llevar la ofrenda al altar de aquella ley imperfecta, ¿cuánto más exige de nosotros para presentarnos a recibir los dones inestimables del altar de la Ley Nueva?

Nada por tanto de lo que justamente recriminaba S. Agustín a los malos cristianos de su iglesia, que, al participar por compromiso exterior en la ceremonia, pronunciaban sí las rituales palabras de paz, pero guardaban en su corazón desamores, disensiones y enemistades con sus hermanos. Las ceremonias de la Iglesia deben ser llenas de «espíritu y de verdad» (Joh. 4, 23); hagamos ésta y todas las otras, no con meras exterioridades, sino con toda verdad, conscientes de que estamos en presencia del que es la misma Verdad. Cuando, pues, según hemos dispuesto, realicéis en las iglesias la ceremonia de la paz que de El nos viene por el santo altar, sea vuestro acto una solemne manifestación pública y sincera ante Dios y los hombres, de que todos os amáis en Cristo y por Cristo, y de que hacéis entonces, y pronto confirmaréis por obra, la reconciliación fraterna, si acaso por parte de alguno aun faltare.

Y la paz, saliendo del Altar, llegue a la vida social, a la intimidad de las familias, a todos los gremios y estamentos de la ciudad, y de una ciudad a otra y a todos los pueblos y siempre más allá, «ne litis horror insonet»; cesando los odios y desapareciendo aquí y en todas partes los inveterados antagonismos que desdican de la ley cristiana y de la del progreso.

«¡Mirad cuán bueno es y cuán dulce que los hermanos vivan unidos entre sí!»

Este verso del salterio (132, 1) inspirado por el Espíritu Santo, inscribimos en el baldaquino de la Catedral en los días de la restauración (1941), rodeando en lo alto del mismo, con los escudos de todos los Ayuntamientos de Menorca y de las fuerzas armadas liberadoras, el altar mayor consagrado solemnemente, en que el Obispo celebra la Misa pidiendo la paz para todos, y bendice a todos sus igualmente amados diocesanos y les dirige el litúrgico saludo «Pax vobis», y con cuyo ósculo recibe de Cristo la paz que ahora también llegará ceremonialmente a todos los fieles en los Pontificales. Lección de paz y de paz eucarística.—En los lienzos que decoran el interior del baldaquino, para ilustrar la amplitud «in omni loco» del vaticinio de Malaquías (1. 11), está pintado el planisferio en que se marcan todos los Congresos Eucarísticos Internacionales cual prueba la más solemne del cumplimiento de la profecía. ¡Con cuánto gusto ahora habremos de añadir allí este otro de Barcelona, nueva y más espléndida manifestación, por su mayor concurrencia «ex omni natione», (Ap. 5, 9) de la universalidad del Sacrificio eucarístico, y que ha llevado expresamente vinculada la oración de todos por la universalidad de la paz, que el mundo necesita!

Sería inacabable una exhortación a la paz. Baste decirnos: Escuchad al Papa, doctor máximo de la paz, suscitado por Dios providencialmente en estos tiempos en que tanto falta. Desde que subió al Solio pontificio, nos predica la paz en sapientísimas y paternales alocuciones. ¡Qué bien resume el tema y la plegaria en aquella oración por él mismo compuesta para el Año Santo! «Dad, Señor, la paz a nuestros días, paz a las almas, paz a las familias, paz a la patria, paz entre las naciones. Que el Iris de la paz y de la reconciliación cubra, bajo el arco de su luz serena, la tierra santificada por la vida y pasión de vuestro Hijo». El lema del presente Congreso Eucarístico Internacional es por sí solo una lección más, y seguramente nos dará otra en el esperado Mensaje que radíe en su conclusión. Atendamos todos y obedezcamos y, orando por la paz universal, roguemos a Dios especialmente por el Papa.

Terminamos repitiendo las palabras del Apóstol, que deseamos llevéis impresas y meditéis en vuestro espíritu; ellas constituyen uno de los grandes textos de la santa Escritura, lleno de doctrina, de oportunidad de esperanzas y de amplísima visión de paz, que no hemos de impedir con nuestras iniquidades: «plugo (al Padre) reconciliarlo todo a Sí por medio de Cristo, estableciendo mediante la sangre de su cruz, la paz en todas las cosas, así las que están sobre la tierra, como las que hay en los cielos» (Col. 1, 20).

La amplitud inmensa de esta paz ofrecida por Dios convida a que no parezca restringida, sino que sea amplia para todos, clero y pueblo, la participación en la amable ceremonia de la paz; lo cual, establecido aquí en estas circunstancias, será un memorial perenne del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona. También, a este efecto y supliendo la escasez de mobiliario litúrgico de nuestras saqueadas iglesias parroquiales, vamos a dedicarles en esta ocasión, como estímulo y obsequio episcopal, porta-pacez de plata, elaborados expresamente aquí por artistas menorquines, que llevarán grabadas y hermosamente ilustradas las palabras del Apóstol explicadas en esta Alocucion.

Os bendecimos, carísimos diocesanos, en el nombre del † Padre, y del † Hijo, y del Espíritu † Santo. Amén.

Ciudadela, 28 de Mayo de 1952.

† BARTOLOMÉ, OBISPO DE MENORCA.

Léase esta Alocución oportunamente en las iglesias, al menos en las partes más prácticas y más interesantes a la generalidad de los fieles, y sin perjuicio de la homilía; e íntegra en el Seminario, en los Círculos de A. C. y en las Comunidades. Para lograr la ordenada ejecución de la ceremonia, explíquese ésta y ensáyese repetidamente.

# PORTA-PAZ

## OBSEQUIO DEL PRELADO A LAS PARROQUIAS DE MENORCA

---

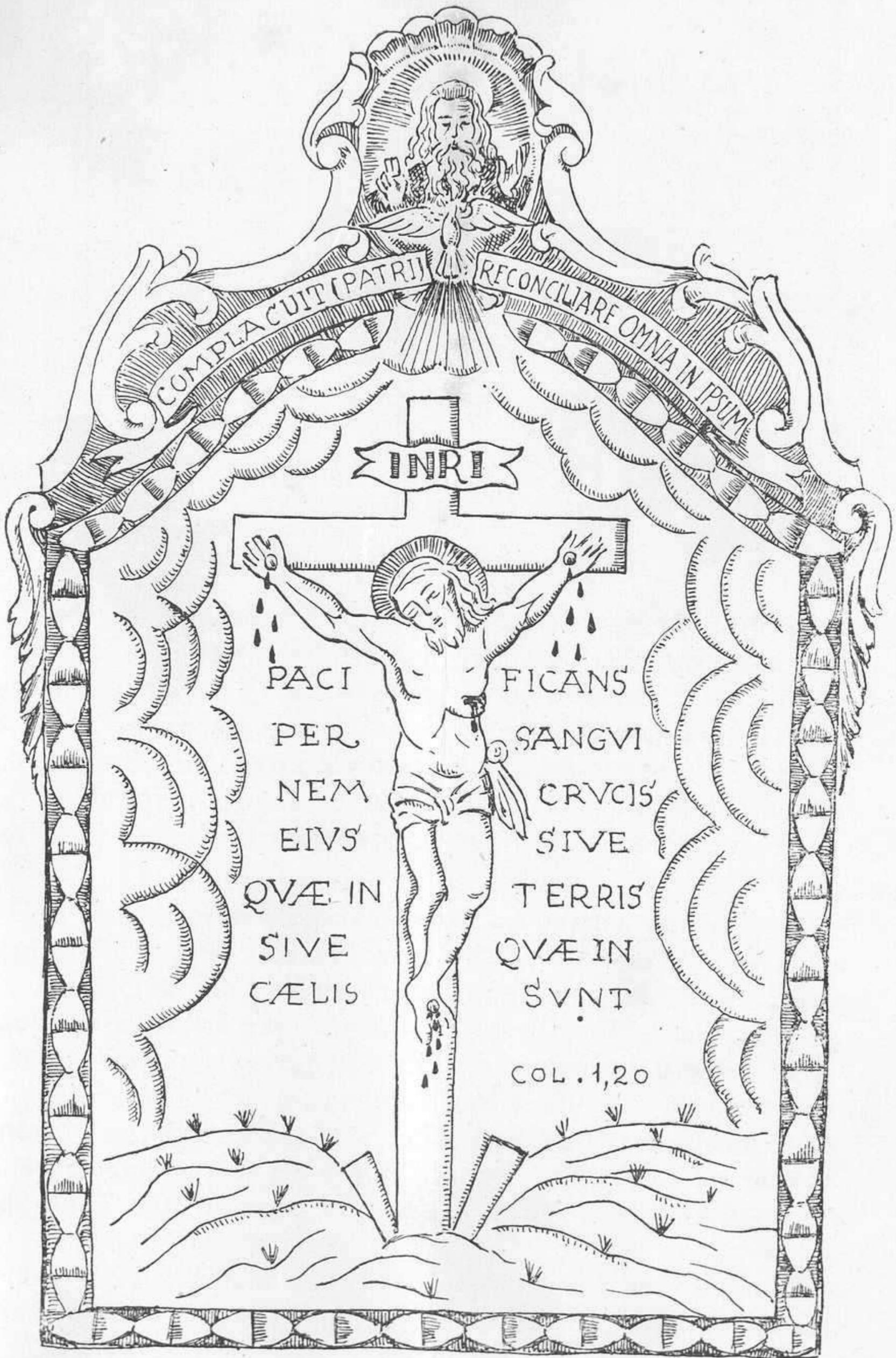
PLANCHA DE PLATA QUE LLEVA GRABADAS  
Y CON TODOS SUS DETALLES ILUSTRADAS AL BURIL  
LAS PALABRAS DE S. PABLO, EXPUESTAS EN ESTA ALOCUCIÓN

---

Delineación del artista menorquín  
D. Francisco Hernández Mora,  
complementando el diseño de un antiguo  
porta-paz de la Catedral

\*





COMPLACUIT (PATRI)

RECONCILIARE OMNIA IN IPSUM

INRI

PACI  
PER  
NEM  
EIVS  
QVÆ IN  
SIVE  
CÆLIS

FICANS  
SANGVI  
CRVCIS  
SIVE  
TERRIS  
QVÆ IN  
SVNT

COL. 1,20

